

## XXX.

Tus blancos dedos de lirio  
 Besar otra vez quisiera,  
 Contra mi pecho oprimirlos,  
 Y de mis delirios presa,  
 Derramando dulces lágrimas  
 Ver espirar mi existencia.

Tus grandes ojos azules,  
 Animadas violetas,  
 De día y noche, brillantes  
 Mis tristes ojos contemplan.  
 ¡Eso mi desdicha labra!  
 ¡Eso mi vida atormenta!  
 ¿Qué significan, bien mío?  
 ¿Qué significan, mi bella,  
 Esos enigmas azules  
 Que ante mi sér se despliegan?

---

## XXXI.

Los dos se amaban, mas ninguno quiso  
 Confesar á su amante su pasión,  
 Y cual dos enemigos se miraban,  
 Cercanos ambos á morir de amor.

Al fin se separaron; ya tan sólo  
 Alguna vez veíanse en sus sueños;  
 Mucho tiempo después murieron ambos,  
 Y apenas si ellos mismos lo supieron.

---

## XXXII.

Amigos, cuando un día  
Os referí mis penas,  
Callasteis sin decirme, de consuelo,  
Una frase siquiera.

Mas cuando lindas coplas,  
Versos de formas bellas,  
Hice con mis dolores, me colmasteis  
De elogios y alabanzas lisonjeras.

## XXXIII.

Al diablo evoqué, y el diablo  
Fiel á la cita acudió;  
Algo sentí ante su vista  
Que oprimió mi corazón.  
No es horrible y no cojea;  
Es un hombre encantador;  
Jovial, cortés, distinguido,  
De grata conversación.  
Diplomático acabado,  
Con halagadora voz  
Sobre el Estado y la Iglesia  
Habla bien y sin pasión.  
Su rostro está un poco pálido,  
Pero no me sorprendió:  
Estudia el sanscrito y Hégel,  
Y su poeta es Klopstok.  
No quiere mezclarse en críticas,  
Y para siempre dejó  
A Hécate, su noble abuela,

Esta enojosa misión.  
 Mis estudios de derecho  
 Alabó con raro ardor;  
 El mismo, según me dijo,  
 Siendo joven lo estudió.  
 Díjome que no veía  
 En mi amistad gran valor;  
 Y al decirlo saludaba  
 Con cortés inclinación.  
 Después, con dulce sonrisa,  
 Atento me preguntó  
 Si nos habíamos visto  
 Otra vez cerca los dos  
 En los salones acaso  
 Del Delegado español.  
 Y en verdad, cuando más cerca  
 Vi su semblante traidor,  
 Un antiguo conocido  
 En él mi mente encontró.

---

## XXXIV.

No te burles del diablo. Nuestra vida  
 Es muy corta, y la eterna  
 Condenación del alma no es tan sólo  
 Una vulgar quimera.

Hombre, cuenta tus deudas, que la vida  
 Es muy larga, y dinero,  
 Como ya lo tomaste tantas veces,  
 Aun otras muchas tomarás á rédito.

---

## XXXV.

Los tres Magos, monarcas del Oriente,  
Preguntaban llegando á cada pueblo:  
Decid, niñas y mozos, ¿dónde se halla  
De Bethlem el sendero?

Ninguno lo sabía,  
Ni jóvenes ni viejos.  
Y seguían su marcha: los guiaba  
De un astro hermoso el resplandor sereno.

Sobre la casa de José la estrella  
Detúvose, y entraron en silencio;  
Baló el buey, lloró el niño, y los Monarcas  
Cantaron con dulcísimos acentos.

## XXXVI.

Niña mía, éramos niños  
Juguetones y traviosos,  
Y jugando revolvíamos  
La paja del gallinero.

Y «quiquiriquí» cantábamos,  
Y tomaba el pasajero  
Por la ronca voz del gallo  
Nuestro juguetón acento.

Del corral las viejas jaulas  
Cubrimos con paños nuevos,  
Que quedaran convertidas  
Así en salones inmensos,  
Y allí dimos reuniones  
Llenas de lujo soberbio.

La vieja gata vecina  
Llegaba con paso lento;

Y nosotros recibíendola  
 Con cortesés cumplimientos,  
 Por su salud preguntábamos  
 Con ceremonioso afecto.  
 ¡Cuántas veces en el mundo  
 Después, y pasando el tiempo,  
 Con alguna vieja gata  
 Otro tanto no hemos hecho!

Después sentados hablábamos  
 Como personas de seso,  
 Ó nos quejábamos tristes  
 Con acento plañidero.  
 ¡Cuánto mejor, niña mía,  
 Era aquel dichoso tiempo!

Fe, amor, lealtad, ¡del mundo  
 Cuán veloces, ay, huyeron!  
 ¡Cuán caro el café hoy se vende!  
 ¡Qué raro es hoy el dinero!

Pasó ya la infancia hermosa;  
 Todo lo arrebató el tiempo,  
 Amor, mundo y esperanza  
 Y lealtad y dinero.

## XXXVII.

Está mi pecho oprimido,  
 Y mi mente, que vacila,  
 Piensa triste y silenciosa  
 En mis ya pasadas dichas.  
 ¡Qué bello el mundo era entonces,  
 Y qué agradable la vida!

Hoy, ¡qué desorden! ¡qué ruido!  
 ¡Qué confusión! ¡qué anarquía!  
 Dios en la celeste altura  
 Murió tras larga agonía,  
 Y muerto yace el demonio  
 En esta tierra maldita.

Todo está embrollado y frío,  
 Todo tristeza respira;  
 Sin el germen amoroso  
 Que aun en nuestro pecho anida,

Nada, á no dudarle, nada.  
 En el mundo quedaría  
 Donde reposar un punto  
 Pudiera el alma tranquila.

XXXVII

XXXVIII.

¡Cómo el crespón de las nubes  
 La blanca luna atraviesa!  
 Así desde el fondo oscuro  
 De mis recuerdos se eleva  
 Deslumbrante, ante mis ojos,  
 Una mujer hechicera.

Sentados en el castillo  
 De una embarcación ligera,  
 Navegamos Rhin abajo,  
 Y del río las riberas  
 Que el estío engalanara  
 Brillan á la luz postrera  
 Del sol, que al ganar las cumbres  
 De luces claras las llena.

Sentado estoy pensativo  
 A las plantas de una bella;  
 Sobre su semblante pálido

Misterioso juguetea  
Un rayo del sol poniente  
Que enamorado la besa.

Se escuchan alegres cantos,  
Dulces laúdes resuenan,  
Y más azul brilla el cielo  
Y se ensancha mi alma entera.

Pasaban como visiones  
Ante las miradas nuestras  
Los castillos, las montañas,  
Los bosques y las praderas.  
Y yo como en claro espejo  
Contemplaba aquella escena  
Reflejarse en las pupilas  
De mi hermosa compañera.

## XXXIX.

En sueños miré á la hermosa  
Encanto del alma mía;  
Estaba triste su rostro,  
Era una pobre mendiga,  
Y su cuerpo, que las joyas  
Adornaran otros días,  
Hacia el suelo se inclinaba  
Como débil flor marchita.

A un niño daba la mano  
Y otro en sus brazos traía;  
Sus pasos y sus miradas,  
Las ropas que la cubrían,  
Todo anunciaba miseria,  
Sufrimiento y agonía.

Cruzaba con paso incierto  
El mercado de la villa:  
Allí la encontré; buscaron

Mis pupilas sus pupilas,  
Y mirando su miseria  
Le dije con voz tristísima:

— Ven á mi casa conmigo;  
Enferma estás, pobre niña;  
Mi trabajo y mis desvelos  
Te darán traje y comida.

Cuidarlos también deseo;  
Que esos dos niños te sigan.  
¡Mas tú eres antes que todos,  
Pobre y desdichada niña!

Del amor que por tí tuve  
No te hablaré mientras viva,  
Y cuando por fin termine  
Tu melancólica vida,  
Yo derramaré mis lágrimas  
Sobre tu tumba sencilla.

## XL.

¿Por qué cantar, amigo, á todas horas  
Idéntica canción?  
¿Quieres siempre vivir acurrucado  
Empollando los huevos de tu amor?

Es eterna tarea. Los polluelos  
Rompen su cascarón,  
Pían y brincotean, y en tu libro  
Tú enjaulándolos vas con loco ardor.

## XLI.

No seáis impacientes, si es que acaso  
 De mi dolor antiguo los acentos  
 Aun suenan misteriosos  
 De mis nuevas canciones en los ecos.

Esperad; disipada de mis penas  
 La tierna queja arrastrarán los vientos,  
 Y nueva primavera  
 De poesía alumbrará mi pecho.

## XLII.

De renunciar por fin llegó el instante  
 A mis sueños de dicha que hoy son penas;  
 Cansado estoy de hacer ante mí mismo,  
 Como comprado histrión, torpe comedia.

Al estilo romántico pintadas,  
 Cercábanme decoraciones regias,  
 Flotaba manto de oro en mis espaldas,  
 Y en mi mente fantásticas quimeras.

¡Ay! Hoy que sabio soy y mi alma sabia  
 Renuncia al fin á sus locuras tiernas,  
 Tan infeliz me siento á todas horas,  
 Cual si aun no terminara la comedia.

Y es ¡oh Dios! que en la sombra y sin saberlo,  
 Sin darme de mi mal clara conciencia,  
 En mi papel de gladiador herido  
 La fría muerte me abrazó de veras.

## XLIII.

Wiswamitra el monarca, sin descanso  
 Soporta firme las torturas todas;  
 La vaca del pontífice Wasishta  
 Quiere ganar con penitencias locas.

¡Oh Wiswamitra, cuán imbécil eres!  
 ¡Tanta fatiga y penitencias tantas,  
 Tantos apuros y vigilia y duelos,  
 Todo por una vaca!

¡Ay! Hoy que sabio soy y mi alma sabrá  
 Renuncia al fin á sus locuras necias,  
 Tan inútil me siento á todas horas,  
 Cual si aun no terminara la comedia.

Y es Jehú Dios, que en la sombra y sin saberlo  
 Sin darme de mí mal clara conciencia  
 En mi papel de gladiador herido,  
 La fría muerte me aguarda de veras.

## XLIV.

¡Oh corazón! domina tu tristeza,  
 Soporta fuerte tu destino adverso;  
 Vendrá otro abril y te dará la dicha  
 Que te robó el invierno.

¡Y cuántos bienes aun guarda la tierra!  
 ¡Es el mundo tan bello y es tan grande!  
 Y después, corazón, adorar puedes  
 Aun todo aquello que á tu mente agrade.

## XLV.

Tú eres como una flor: eres tan pura,  
Tan graciosa, tan bella...  
Mi corazón, cuando te miro, invade  
Melancólica pena.

Y me parece que poner mis manos  
Debía en mi cabeza,  
Y á Dios rogar que te conserve siempre  
Tan graciosa y tan bella.

---

## XLVI.

Niña, desde que te ví  
Sé qué tu pérdida fuera,  
Y al cielo le pido así:  
Que no arda en amante hoguera  
Su tierno pecho por mí.

Mas cuando mi dicha cara  
Veo huir con fácil modo,  
Mi alma, de pasión avara,  
Exclama: ¡Oh Dios, si con todo  
La que adoro me adorara!

---

## XLVII.

Cuando tendido en mi lecho  
Entre tinieblas reposo,  
Una imagen adorada  
Flotar veo ante mis ojos.

Apenas los cierra el sueño  
Con sus dedos misteriosos,  
Cuando ante mí se levanta  
Ese fantasma que adoro.

Y disiparla no pueden  
Del alba los rayos de oro.  
En mi corazón amante  
La conservo el día todo.

---

## XLVIII.

Que afuera la blanca nieve  
Se amontone en altas torres,  
Que nieve, que el viento airado  
Mis claros vidrios azote.  
No me quejaré por eso,  
Qué en mi corazón se esconde  
La imagen idolatrada  
Del ángel de mis amores,  
Y la alegre primavera  
Con su aroma y sus acordes.

---